

EL RÍO

RICK BASS

TRADUCCIÓN DE ESTHER CRUZ SANTAELLA



VOLCANO

Título original: «PLATTE RIVER».
Obra publicada por primera vez en 1994.

Copyright © Rick Bass, 2019.
Todos los derechos reservados. Edición publicada por acuerdo con
Skyhorse Publishing, Inc.
© de la presente edición: PÁPEL K Editorial S.L.
© de la traducción: Esther Cruz Santaella, 2019.

© Fotografías de cubierta: Sandis Helvigs y Alice Butenko.

Primera edición en VOLCANO Libros: octubre 2019.

VOLCANO Libros
Ávila, 1- 1ªA. 28231 Las Rozas, Madrid (España)
www.volcanolibros.com

Diseño de colección: Javier García
Diseño gráfico y maquetación: Pedro Viejo

Materias IBIC: FA
ISBN: 978-84-949934-4-2
Depósito Legal: M-28560-2019

Impreso en Kadmos. Salamanca (España)

La traducción se rige por el contrato tipo de ACE Traductores.

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o
parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro
de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente.
El texto principal ha sido compaginado con la tipografía Adobe Caslon
Pro en cuerpo 12.

ÍNDICE

Mahatma Joe	9
Pruebas de campo	51
El río	105

*Para Mary Katherine, Amanda,
Stephanie, Mary y Mollie.*

MAHATMA JOE

¡Cuántos paisajes memorables se ven paseando por un río! Aquí, el cálido bosque; luego, la bahía para pescar; y después, el sitio donde se ahogó el viejo colono al cruzar el río helado hace cien años. Todo tiene su historia.

THOREAU, diario de enero de 1860.

EN FEBRERO, UNA VEZ QUE habían soplado los cálidos vientos chinook, que descongelaban los rostros de la gente para convertirlos en sonrisas, que hacían a las mujeres lucir de nuevo felices y a los hombres parecer hombres, en vez de niños chicos haciendo pucheros; en febrero, pues, Mahatma Joe Krag, el pastor del valle del Grass, empezó a desbocarse de una forma no muy distinta a las primaveras anteriores.

Había sido un invierno duro en el norte de Montana, tan duro que los cuervos caían a veces del cielo en pleno vuelo, como si las entrañas se les hicieran pedazos sin más, y se desplomaban en los bosques, o en algún pasto, como puñados enormes de tela negra y andrajosa, estrellándose a solo unas semanas de la primavera.

Los caballos, con las costillas marcadas como dueñas —los que se habían librado de las garras de coyotes y lobos—, se acercaban a rondar, cogían a los cuervos entre la dentada y empezaban a comérselos, masticando las relucientes plumas negras.

No había nada más.

La gente estaba tan irascible que incluso la taberna cerró. En inviernos pasados, había servido como lugar de reunión en el que alternar, beber y quejarse colectivamente, pero esa temporada la gente se metía en peleas, en duelos con pisto-

las; fuera, en la nieve, duelos en los que nunca moría nadie, no cuando los duelistas estaban separados por treinta metros y usaban los revólveres del 22 que se guardaban en la barra de la taberna para tal fin. Solía haber remolinos y ráfagas de nieve que reducían aún más el riesgo, aunque muchas veces uno de los duelistas hería al otro, le acertaba en el muslo o en el hombro, e incluso en una ocasión —le ocurrió a Boyd el Unihuevo— en la ingle.

Estaba siendo un invierno malo, incluso para el valle del Grass. Era un valle largo y estrecho, que iba del noroeste al sureste por una vieja cordillera, los montes Whiteflesh, la primera cadena montañosa de interior en la costa del Pacífico. Las tormentas llegaban arrastradas desde la península de Siberia y cruzaban el estrecho de Bering, levantando olas de entre veinticinco y treinta metros; golpeaban Alaska y luego Washington, se abrían paso por los puertos de montaña del noroeste, con demasiada fuerza para que algo las detuviese, y cruzaban con rapidez los casi quinientos kilómetros de pradera en la zona este de Washington, cogiendo velocidad a su paso.

El valle del Grass era donde primero impactaban: tenía forma de cuello de botella, ligeramente curvado hacia la mitad, y las tormentas se estrellaban contra él y describían la curva mientras aceleraban.

Sin embargo, con los vientos chinook la cosa funcionaba a la inversa. Estos vientos del sur cruzaban rápidamente ese mismo embudo y, al hacerlo, lanzaban aire caliente por el valle incluso en invierno, derretían toda la nieve en cuestión de días y hacían eclosionar insectos nuevos, germinar capullos en los árboles frutales y dibujar sonrisas en las mujeres. Una vez llegado febrero, los vientos chinook podían aparecer en cualquier momento. Aquello se convertía en una carrera entre los vientos del sur y los del norte por ver cuáles llegaban primero al cuello de botella que era el valle. La temperatura podía variar cerca de cincuenta grados en cues-

ción de veinticuatro horas, pasando de los treinta bajo cero a los quince o veinte grados.

Los chinook duraban una semana a lo sumo, pero su llegada era señal de que solo quedaba un mes más de heladas fuertes. Mucho tiempo atrás, el pueblo celebraba los Días Nudistas: nadie se ponía nada de ropa nunca, ni siquiera para ir a comprar, ni para pasarse por la taberna. La gente daba de comer desnuda a los caballos, dormía desnuda por primera vez en seis meses y salía a mirar los buzones desnuda. Eran pocos en el pueblo y todos se conocían. Resultaba complicado describir la sensación de libertad que traían consigo los chinook después de vivir el encierro del invierno.

Esa semana al año era de lo más divertida, una semana de baños cálidos de viento que azotaban el pecho desnudo y recorrían la espalda, vientos cálidos que pasaban entre muslos desnudos. Todas las mujeres se afeitaban las piernas por primera vez desde el otoño anterior, se tumbaban en los parches de nieve que se derretía poco a poco junto al río del deshielo y se bronceaban. Los hombres se acoplaban en mesas de pícnic en la pradera, detrás del almacén, y también abajo, en el río, y bebían cerveza, llevaban gafas de sol y se contaban historias. Y ya no había más duelos. Sin embargo, todo eso ha quedado en el pasado, en los tiempos anteriores a que Mahatma Joe Krag llegase al valle desde Alaska, furioso y ambicioso por no haber convertido allí a nadie al cristianismo, ni a un solo indio, en más de seis semanas. Y después de más de veinte años, tampoco en el valle del Grass había obtenido un gran resultado: nada desde el día en el que se marchó de Alaska. Allí arriba se le habían agotado las almas. Poco sabía él de que aquellas seis semanas iban a ser el principio de una sequía que le duraría toda la vida.

Mahatma Joe puso fin a los Días Nudistas casi sin ayuda de nadie y le llevó muy poco tiempo hacerlo.

En sus primeros chinook, Mahatma Joe sintió una vergüenza enorme cuando fue a la ciudad y vio a hombres y a

mujeres desnudos paseando por las calles, a niños desnudos jugando a lanzarse el balón, y cuando entró a comprar sus viandas y lo saludó un tendero desnudo. Aunque aquello le horrorizó, lo vio como un reto y a veces, de noche, parecía incluso encantado: había encontrado un valle más malvado que cualquier campo minero de Alaska, y precisamente en la zona continental de Estados Unidos.

Mahatma Joe empezó a escribir artículos sobre los Días Nudistas para varias revistas evangélicas, en los que invitaba a sus colegas pastores a ir al valle el mes de febrero siguiente, para los próximos chinook, a ver con sus propios ojos «todo un valle de salvajes desnudos e irredentos, ¡y en mitad de nuestro país!».

La respuesta fue considerable. Los evangelistas se pasaban el mes de enero pendientes del tiempo, enfervorecidos; a veces llegaban pronto para anticiparse al paso de los chinook, y los detectaban correctamente incluso antes de que lo hicieran los meteorólogos. Los evangelistas rezaban a los cielos para que llegasen los chinook y así pudiese dar comienzo su tarea.

La tradición desapareció. Con todos aquellos visitantes extraños, la gente del valle del Grass empezó a dejarse la ropa puesta (para andar por el pueblo, en todo caso).

Mahatma Joe pasó entonces a ocuparse de otros asuntos menores.

Quería que el pueblo tuviese normas; siempre faltaban normas. Quería que acabasen las peleas del invierno. Quería que el pueblo tuviese su propia iglesia, su propia escuela bíblica y su propio huerto en la fértil pradera junto al río Grass. En verano, quería que todas las frutas y verduras se recogiesen, enlatasen y embotellasen para mandarlas a tierras lejanas y salvajes. Joe creía que las verduras calmaban a las almas airadas, que la carne —¡la carne fresca!— era una tentación creada por Satán.

Los alces pastaban en la fértil pradera del río durante el verano y los patos flotaban en las lentas aguas azules. Los

uapitíes, con sus astas aterciopeladas, dormían en los patios de las casas por las tardes, en el momento de más calor, y de noche intentaban colarse en los graneros del heno. Los animales no tenían miedo de las personas durante los meses calurosos de viento y se revolcaban en los bajíos del río como perros, tratando de escapar de las picaduras de las moscas. Los niños chicos se acercaban a tocar las astas de los uapitíes y a darles de comer terrones de azúcar en esas épocas cálidas, cuando todas las normas quedaban disueltas.

Hombres y mujeres se reunían en la taberna poco antes del atardecer para ver la puesta del sol y comentar cómo había ido el día, hablar de lo que cada cual había visto. Águilas pescadoras. Trepadores. Carpinteros escapularios. Varios picogrueros. Jilgueros de los pinos. Se sabían todos los nombres, aunque muchas veces discutían sobre qué pájaro era el que tenía el pico cruzado para abrir semillas. Les encantaba ver reinitas del oeste, que tenían un color amarillo fuerte, pero no cantaban, no hacían ruido.

Junto al río había también cicuta, en algunos puntos, cicuta que podría matar a un hombre en media hora. Se parecía al berro de agua, que alguna gente utilizaba para las ensaladas. A cada tanto, alguien confundía la cicuta con el berro y fin. Todo el mundo sabía que quedaban peligros vivos en el valle del Grass. Había pumas, glotones, osos y lobos; era uno de los pocos lugares así que existían aún.

Además de querer convertir toda la pradera del río en una granja para el pueblo, en una plantación próspera y en constante actividad para exportar género dulce, Mahatma Joe quería deshacerse de la cicuta.

Pasaba los silenciosos inviernos blancos acurrucado en el despachito situado detrás de su cabaña, redactando unas cartas venenosas a los editores de los muchos periódicos pecaminosos de todo el país, y escribiendo y reescribiendo diversos panfletos sobre religión, sexo y educación. Hacía y rehacía propuestas de ordenanzas. Joe siempre se había

imaginado aquel menudo valle, bordeado por la nieve y los glaciares incluso en verano, como un sitio nuevo en el que construir algo, un sitio nuevo en el que enderezar las cosas. Pero necesitaba ayuda. Tenía sesenta y ocho años cuando tuvo su visión definitiva.

A veces había gente que se mudaba al valle: parejas jóvenes que llenaban los huecos de los viejos que no habían logrado superar el invierno. En algunas ocasiones eran jóvenes solteros, un hombre o una mujer, que huían de alguna racha de malísima suerte, o de toda una vida de una suerte así; otras veces, eran hombres y mujeres jóvenes que simplemente observaban un mapa y veían que ninguna carretera pavimentada llegaba al valle y que no había pueblos en sesenta kilómetros a la redonda. Veían lo cerca que estaba de Canadá y se preguntaban si, al fin, aquel podría ser un sitio en el que descansar.

Esa gente llevaba consigo pistolas, trampas, sierras, libros. Siembre iban acompañados de un perro, a veces de dos o tres, en especial la gente soltera, y siempre las mujeres solteras: mujeres jóvenes y fuertes de Illinois y California, de Texas y Arkansas, que habían visto el nombre Grass en un mapa de la biblioteca de alguna ciudad o pueblo, un día cualquiera a finales del otoño, con las últimas luces de una tarde de septiembre atenuándose y titilando por las ventanas, a media hora de que cerrase la biblioteca y sin ningún sitio al que ir, sin novio, con una vida que se había acabado demasiado pronto... Todo se había acabado demasiado pronto y, en cierto modo, todo acababa de empezar. Mujeres como esas aparecían todos los años, llegaban dos o tres y preguntaban por ahí, se enteraban de quién había muerto —quién se había caído por el hielo, quién de un caballo, quién había desaparecido sin más— y se mudaban a su casa, aprendían las tradiciones del valle, rápidas y ávidas, y se quedaban, para cambiar, para aprender.